

humanidad, Cristo se hizo presente en los creyentes por medio del Espíritu. También Cirilo señala los efectos de la donación del Espíritu, entre los que destaca su inhabitación en el hombre y la filiación adoptiva.

En la conclusión el autor hace una buena síntesis de todo el trabajo, recordando la progresividad de la historia salvífica, las etapas claves expuestas en los 5 capítulos y subraya la importancia del acontecimiento del Jordán para la soteriología.

En suma, este concienzudo estudio, propio del esfuerzo de una buena tesis doctoral, tiene la ventaja de entrar en profundidad en los temas tratados, con una buena fundamentación basada en el análisis de los textos originales. Sin embargo, la delimitación del trabajo a una sola obra, al tiempo que permite una mayor hondura en el tratamiento del argumento, lo limita y sería necesario completarlo con un estudio del mismo tema en el resto de las obras de Cirilo, de lo cual, por cierto, es consciente el autor.

Eduardo Toraño López

---

ADOLFO GONZÁLEZ MONTES, *Teología fundamental. De la Revelación y de la Fe*, B.A.C., Madrid 2010, XLIV + 1079 pp., ISBN: 978-84-220-1441-6

Durante años, el actual obispo de Almería, D. Adolfo González Montes, ejerció la cátedra de Teología fundamental en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Su producción literaria es abundante y sólida; además de numerosos artículos, entre sus libros podrían destacarse: *Razón política de la fe cristiana*, *La gracia y el tiempo*, *Reforma luterana y tradición católica*, *Enchiridion Oecumenicum*, *Fundamentación de la fe*, *Teología política contemporánea: historia y sistemas e Imagen de Iglesia*. *Eclesiología en perspectiva ecuménica*.

La presente obra, sin formar parte de la colección de manuales *Sapientia Fidei* de la B.A.C., «ha sido pensada y construida como manual apto para la información y exposición del profesor y el estudio de los alumnos» (p. XXIX), como indica el mismo autor en el prólogo. Lo cual no es impedimento para que Mons. González Montes vaya dejando, de cuando en cuando, a lo largo de las numerosas páginas, su propio punto de vista. El libro está dividido en cuatro partes: *El cristianismo como religión revelada* (pp. 3-309); *La fe, respuesta del hombre a la Revelación* (pp. 313-555); *Jesucristo revelador de Dios* (pp. 557-879); y *La Iglesia signo y testimonio de la revelación* (pp. 883-1051). Además de una bibliografía general en la que se da noticia de enciclopedias, diccionarios, tratados, manuales, monografías, etc., cada uno de los capí-

tulos, al comienzo de los mismos, está enriquecido con una bibliografía específica más que suficiente para un manual, sin perjuicio de que en distintas notas se faciliten al lector más referencias. El volumen se cierra con un índice onomástico.

La primera parte, centrada en la revelación, consta de cinco capítulos. El primero de ellos (pp. 3-33) se dedica al concepto de revelación. Para ello, en un primer paso, aborda, partiendo del esclarecimiento de una noción general de la misma en el cristianismo, los distintos modelos y concepciones de revelación: como epifanía, como conocimiento y como autocomunicación de Dios, viendo en esta última su desarrollo en el magisterio, desde el Vaticano I al último de los concilios ecuménicos; dedicará también un *excursus* a dilucidar si cada uno de los dos concilios responde a un paradigma distinto o si, por el contrario, como sostiene el autor, el Vaticano II ha incorporado la doctrina del primero en un horizonte teológico nuevo. Dada la importancia que, a lo largo del s. XX y del presente, ha tenido el modelo de revelación como autocomunicación, el autor dedica algunas páginas a la exposición de las distintas maneras en que ha sido comprendido por la teología: relacional, con las variantes *dialéctica* (Barth, Bultmann, Brunner, etc.) y *dialógico personalista*, en la que influye la filosofía personalista y existencialista de entreguerras; y la *hermenéutico-experiencial*, con dos grandes variantes, la *histórico-hermenéutica* y la *hermenéutico-existencial*.

El segundo de los capítulos (pp. 35-75), lo dedica el autor a la presentación de la teología bíblica sobre la revelación divina. En un primer momento, se centra en el Antiguo Testamento, examinando el vocabulario general sobre esta cuestión en ambos Testamentos, distintas representaciones simbólicas y formulaciones, para después tratar distintos problemas de la concepción de la revelación principalmente por su realización en la historia y la multiplicidad de categorías (palabra e historia, ley y alianza). El capítulo se concluye con lo propio del Nuevo Testamento, el cristocentrismo y la mediación eclesial.

Después, ya en el tercer capítulo (pp. 77-150), Mons. González trata de la conceptualización de la revelación a lo largo del tiempo, cuestión que está a caballo entre la filosofía y la teología. En un primer paso, expone las dos concepciones teológicas de la revelación, natural y sobrenatural, desde su primera elaboración medieval hasta la apologética moderna. Para ello, presenta primero la natural sin soslayar la tensión que esta concepción tiene con la bíblica revelación por medio de la creación; después, partiendo de San Agustín y, por pasos a lo largo de la historia, va exponiendo qué se entienda en distintos autores y épocas por revelación sobrenatural, dando un especial espacio a la problemática moderna por la crítica racionalista, el influjo de la misma y las reacciones fideísta y tradicionalista, sin faltar la defensa apologética de la noción. Además de esta conceptualización de la revelación, el autor trata de la cuestión de la revelación en los orígenes. Por último, aborda la renovación teológica de estas cuestiones con la aportación de la filosofía trascendental, principalmente por obra de K. Rahner. El capítulo queda enriquecido con un interesante y bien documentado *excursus* acerca de los tratados sobre la revelación y los manuales de esta materia decimonónicos y de principios del pasado siglo.

En el capítulo cuarto (pp. 151-241), la atención del lector se ha de centrar en lo más característico de la revelación en el cristianismo: la Encarnación y la historia; a ello le dedicará González Montes varios apartados. La revelación lo es del designio salvífico de Dios y de Dios mismo, la manifestación de lo uno pone de relieve lo otro y viceversa; esta revelación libérrima responde a la condición personal de Dios, pero lo es a una criatura espiritual y material, el hombre. La revelación del único misterio de salvación, que tiene un único horizonte escatológico, es gratuita y, por medio de ella, Dios y el hombre entran en relación personal. Esta revelación libérrima de Dios no prescinde del destinatario y, por ello, no solamente tiene carácter histórico, sino que la misma historia forma parte de la revelación. La historicidad comporta la existencia de distintas etapas y la encarnación del Hijo de Dios es plenitud de esta historia al serlo de la revelación y también de las distintas formas en que se ha ido manifestando el designio salvífico; la revelación por hechos y palabras resplandece especialmente en Cristo. El capítulo se concluye con la relación, tensiones y debate, a lo largo de la historia, entre religión y revelación; por su actualidad y tratamiento, son de destacar las páginas dedicadas a la relativización, en la modernidad, del carácter absoluto de la revelación en Cristo frente a la pluralidad de religiones.

El último capítulo, el quinto, de la primera parte está dedicado a la presentación de la unidad de la revelación (pp. 243-309). La unidad lo es de las dos Alianzas y el fundamento de la misma es Cristo. Además de las dificultades que puede plantear para la comprensión de esta unidad el ministerio público del Jesús terreno y lo referente en las cartas paulinas a la Ley, Mons. González estudia dicha unidad también en la historia de la teología. Como en todo el libro, dados los amplios conocimientos del autor al respecto, las páginas dedicadas a la teología protestante cobran un especial interés.

La segunda parte del libro está dedicada a la fe y consta de tres capítulos. El primero de ellos, sexto del volumen, se encarga de exponer lo relativo a ella en la Sagrada Escritura (pp. 313-378). En el estudio del Antiguo Testamento, tras una panorámica del vocabulario, se trata conjuntamente, por un lado, el Pentateuco y los Profetas y, por otro, los salmos y la literatura sapiencial. En el Nuevo Testamento, la fe es examinada en los sinópticos, el corpus paulino, los Hechos, la Carta a los hebreos, los escritos joánicos y la Carta de Santiago y la primera petrina, para concluir exponiendo las constantes neotestamentarias de la teología de la fe.

En el séptimo capítulo, el autor aborda la naturaleza de la fe como respuesta del hombre a la revelación divina (pp. 378-474). Para lo cual, Mons. González pone su atención, en un primer paso, en el *analysis fidei*, dando preferencia a la actualidad del mismo. La fe tiene naturaleza cognoscitiva, sin la cual no sería posible ni el encuentro interpersonal ni la respuesta a la automanifestación de Dios en la que se da a conocer, sin perjuicio de su carácter dogmático. Este carácter cognoscitivo es obra de la gracia; lejos de cualquier sombra de semipelagianismo, no hay fe sin gracia ni nada en la fe sin gracia, sin que esto suponga ningún tipo de sustitución del conocimiento meramente humano. La gracia afecta a la totalidad del hombre y lo capacita para el llamado acto de fe.

En un segundo paso, se examina la historia de la teología de la fe. Primero se expone el agustiniano «*credere est cum assentione cogitare*», cómo queda en Sto. Tomás definida la fe y, con mayor brevedad, la postura de S. Buenaventura. A continuación, se trata el tema en la Reforma, concretamente en Calvino, Melanchton y, sobre todo, Lutero y su visión de la fe como confianza incondicional en la palabra divina. Ante estas concepciones de la fe, se expone la doctrina tridentina, el carácter cognitivo de la misma y su vinculación con la caridad. Una vez tratada la crisis del s. XVI, es el turno de la problemática propia de la modernidad, más centrada en la relación entre la fe y la razón; para lo cual, el autor mostrará primero los precedentes medievales (Escoto Eriúgena, S. Anselmo, Sto. Tomás), después la problemática fruto del racionalismo de origen ilustrado (semirracionalismo, historicismo racionalista, fideísmo, tradicionalismo) con la respuesta del Vaticano I.

La tercera parte de este denso capítulo se dedica a la estructura personal del acto de fe. Se trata de ver aquí el dinamismo de la subjetividad en la fe; resulta interesante la exposición del giro dado en la teología hacia una mayor importancia del sujeto receptor de la revelación y sus estructuras personales (Adam, Guardini, Przywara), así como la problemática modernista en la que este giro se da en detrimento de lo objetivo de la revelación. Tratamiento propio y más detallado tienen Newman y su asentimiento religioso, Rousselot, Blondel y Rahner. El capítulo concluye con la visión de la fe como encuentro interpersonal en autores como Unamuno, Zubiri, Marcel, Laín Entralgo, Mouroux y otros personalistas.

El último capítulo de esta segunda parte se dedica a la justificación de la fe y a la negación de la misma (pp. 477-555), que lo dividen en dos apartados. En el primero de ellos, se aborda la necesidad de justificar la fe y la condición personal de la decisión del acto de fe; momento para ver los signos de la fe, en la unidad de la verdad, y los diferentes modelos de justificación de la misma. El carácter personal de la fe plantea la pregunta sobre el objeto de la misma, si Dios o las verdades reveladas, y también su relación al sentido último de la vida humana. Y esa condición personal y justificación tienen un momento especial de convergencia en su verificación práctica por el testimonio (von Balthasar) y el compromiso (teologías política y de la liberación). El segundo apartado está dedicado a todas las patologías relacionadas con la fe: agnosticismo, ateísmo, indiferentismo, incredulidad, indiferentismo, herejía, superstición, etc.

Una vez vistas la revelación y la fe, éstas se complementan, sobre todo la primera, con la exposición de las cuestiones cristológicas referentes a la autocomunicación divina en Cristo y la transmisión de esta revelación por parte de la Iglesia. Pese a lo usual de esta división en buen número de autores, cabe preguntarse si no sería mejor integrar en la exposición de la revelación y de la fe lo que a éstas corresponda de la Cristología y Eclesiología fundamentales.

La tercera parte del libro, por tanto, tiene como centro a Jesucristo en cuanto revelador de Dios; el autor la subdivide en dos secciones. Una primera, con capítulo único, tiene carácter introductorio y en ella se tratan cuestiones también válidas para la parte dedicada a la Eclesiología fundamental. Este capítulo se centra en la aplica-

bilidad a la Cristología fundamental de la semiótica y cómo la fe, para los signos de la revelación, es la clave de interpretación (pp. 557-601).

La sección segunda se dedica al significado de Jesús para la fundamentación de la fe (pp. 603-879) y consta de tres capítulos y una amplia bibliografía inicial que permite al autor omitir la del primero. Éste, el décimo del total, expone lo referente al acceso al significado de Jesús, sus fuentes y los oportunos criterios metodológicos y hermenéuticos (pp. 609-700); para lo cual se darán tres pasos. En primer lugar, el lector asiste a la historia del problema, del que ya se había tratado algo en el capítulo quinto, desafortunadamente llamado del Jesús de la historia y el Cristo de la fe y más concretamente a la superación, en el siglo XX, de los prejuicios hermenéuticos que desde Reimarus han lastrado el acceso al Jesús terrenal y su nexos con el creído por la Iglesia. Visto esto, Mons. González presenta los resultados de la investigación sobre Jesús a partir de las fuentes no cristianas y extracanónicas. Con lo cual, el autor concluye que todo acceso a la historia de Jesús y a su identidad pasa por los evangelios; momento para tratar de la unidad del único evangelio en la diversidad de los cuatro y todo el itinerario de redacción de éstos. En un segundo paso, se examinan los criterios de autenticidad histórica y epistemológicos y métodos para el acceso a Jesús y a los orígenes del cristianismo, así como los logros de la investigación y crítica sobre la cuestión del Jesús terreno. El capítulo concluye tratando de los distintos paradigmas cristológicos: cristologías ascendente y descendente; paradigmas judío, humanista, social y/o político, desde distintos contextos como el socio-cultural o desde otras religiones; así como distintas imágenes que se han dado de Jesús desde el s. XIX.

Después de vistas distintas propuestas hermenéuticas, el noveno capítulo (pp. 701-787) trata de los dichos y hechos de Jesús, del carácter significante de su mensaje y milagros; dos apartados se dedicarán a la predicación, reservando uno de ellos al anuncio del Reino y su contraste con la esperanza mesiánica de Israel, y otros tantos a los milagros como signos que acreditan la autoridad y el mensaje y como vía de revelación de Dios en Jesús. Dos cuestiones cabe destacar, por un lado, los objetivos que se propone la investigación a la hora de interpretar los datos neotestamentarios y, por otro, contrastar la autenticidad de los datos con que se cuenta. De los milagros, hay que señalar que además se expone el magisterio de la Iglesia al respecto así como lo referente a la tensión con la crítica racionalista a la veracidad de los mismos, tras lo cual y vistos sucintamente los cambios en la física de principios del s. XX y su repercusión en la concepción de qué sea naturaleza, se muestran distintas vías en la comprensión teológica del milagro.

El último de los capítulos de la tercera parte, concretamente el duodécimo (pp. 789-879), se dedica a la Resurrección de Jesús, a su significado central en la fundamentación de la fe. Después de examinar la Resurrección en la crítica de las narraciones neotestamentarias y en la investigación sobre el Jesús terreno y cómo su realidad histórica u otros sucedáneos de ésta como explicación estén o no en el origen de la fe pascual, Mons. González Montes se dedica al examen de las apariciones del Resucitado (las fuentes, el vocabulario, distintos modelos de tipificación e interpreta-

ción de las mismas y cómo están ellas en el origen de la fe) y a la unidad de la Resurrección con la muerte en Cruz y la presencia del misterio pascual, su destino de muerte y resurrección, en la conciencia del Jesús terreno. El capítulo, y con él esta parte del libro, concluye con un examen de la resurrección como acontecimiento fundacional del cristianismo y algunas de las propuestas teológico-fundamentales sobre la Resurrección (Rahner, Pannenberg, Verwenyen, Küng, Moltmann, Sobrino).

La cuarta y última parte del libro está dedicada a la Iglesia como signo y testimonio de la revelación y consta de tres capítulos. El primero de ellos, decimotercero del libro, se centra en lo que de signo de la revelación tiene la Iglesia (pp. 883-934). Las primeras páginas del mismo le sirven al autor para introducir esta parte eclesiológico-fundamental. Por ello, primero hace una aclaración entre cuestiones propias de la materia de que trata la teología fundamental y las cuestiones formales sobre la teología como ciencia de la fe que, con anterioridad al Vaticano II y más concretamente al n. 1 de la *Lumen gentium*, solían formar parte de la Eclesiología fundamental; siguiendo el criterio de K. Rahner, que distingue ambos aspectos, nuestro autor se centra, como señala el indicativo subtítulo de la presente obra, en lo que es propio de la fundamentación de la revelación y de la fe. En esta línea, hará una pequeña historia para perfilar la identidad actual de la Eclesiología fundamental y se examinan los manuales clásicos, los orígenes de la *demonstratio catholica*, la *via primatus*, la *via notarum* y la *via empirica*. Una vez hecho esto, se tratará de lo propio del capítulo; son unas páginas centradas en la vía histórica, en la justificación teológica de la Iglesia como signo de la revelación, como pueblo de la nueva alianza en la sangre de Cristo, su fundación, los Doce y el ministerio petrino.

El capítulo decimocuarto (pp. 935-988) aborda la transmisión de la revelación por medio de la Iglesia. Una vez vista la revelación como acontecimiento del lenguaje, se examina ampliamente el concepto de tradición y el problema de la relación entre Tradición y Escritura desde el concilio tridentino hasta la *Dei Verbum*, dedicando unas páginas también a la cuestión ecuménica sobre el tema. Después, el interés de Mons. González se centra en la inspiración de la Escritura, presentándose distintas explicaciones teológicas de la misma; la verdad de la Biblia y su fundamento en la autoridad divina y la inspiración, así como la autoridad misma de la Escritura.

El libro y su cuarta parte concluyen con el decimoquinto capítulo (pp. 989-1051), que expone cuestiones referentes a la eclesialidad de la fe creída y la explicación en ésta de la revelación. Primeramente se aborda la formulación de la fe, desde el kerygma hasta los símbolos pasando por las más breves fórmulas credales o confesiones de fe; el concepto de dogma en la historia de la teología, qué es una declaración dogmática y su estructura; la llamada evolución del dogma, dedicando especial atención a Newman y a los modelos histórico, lógico (Schultes, Marín-Solá, Tuyaeerts) y teológico, que cobra fuerza a partir de la definición dogmática de la Asunción; la interpretación de los dogmas y el problema de su actualización. Después se trata de la eclesialidad de la fe, la centralidad y normatividad de la palabra divina en la predicación, los sujetos de la transmisión de la Iglesia y el magisterio. El capítulo, con él el libro, se termina con unas páginas dedicadas a la relación entre revelación, fe e Iglesia.

Estamos ante una obra que, aunque tenga cercanía en algunos aspectos con una anterior del autor, *Fundamentación de la fe* (1994), sin embargo es diferente en muchos sentidos. Aquélla no tenía vocación de tratado de teología fundamental, si bien contenía información y elementos propios de esta materia. Por otra parte, además de tener un carácter más apologético y mayor número de elementos de teología formal, su orden y articulación son bien distintos; en *Fundamentación de la fe*, se parte del estudio de los fundamentos históricos de la teología, para tratar después de la pérdida en la modernidad del objeto propio de la teología y los distintos intentos de recuperación de éste en el s. XX y cómo sea la experiencia de dicho objeto, para concluir con la interpretación del acontecimiento de la revelación y la transmisión de ésta.

En *Teología fundamental. De la revelación y de la fe*, estamos ante un libro cuya pretensión, como quedó indicado, es la de ser un manual. Siguiendo la estela de Rahner, como claramente queda sugerido en el subtítulo, se entiende en él que la teología fundamental se dedica a la fundamentación de la revelación y la fe, lo cual requiere, además del estudio de ambas, la acreditación de Cristo y la Iglesia como signos de la revelación, así como una exposición de la significatividad de Jesús y la sacramentalidad de su humanidad, como también de la accesibilidad en la Iglesia de la revelación en Cristo. Desde ahí, queda justificada la cuatripartición, ya clásica, del manual. En él, cabe destacar la comprensión de la revelación y la fe en un marco de relación interpersonal, el tomar en cuenta la teología de la revelación por la historia, el uso de la lingüística y la semiótica y una referencia, no siempre explícita, a la problemática filosófica contemporánea con la que el autor tiene interés de entrar en diálogo. Mons. González considera que la teología fundamental, si bien no tiene como misión el análisis de las condiciones de posibilidad de la revelación, sin embargo se ha de centrar en la constatación del cumplimiento de dichas condiciones; por ello, ha de mostrar que el cristianismo solamente es explicable como consecuencia de unos acontecimientos, en particular los referentes a Jesús, interpretables como acontecer de revelación acorde con dichos supuestos formales de posibilidad. Pero esas condiciones subjetivas de posibilidad no son determinantes de la revelación; la iniciativa de la misma y la posibilidad de todas las posibilidades de la fe se encuentran en la graciosa acción divina.

Estamos ante un trabajo meritorio; página a página se deja sentir el peso de años de paciente dedicación a la materia. Sin duda, será un libro de referencia para los primeros pasos en el estudio de la teología fundamental, pues en él se puede encontrar bastante más de lo imprescindible; en este sentido, hubiera sido deseable que se le hubiera dotado, además del índice onomástico del final, con uno de materias. Con todo, pese a los muchos e indudables valores que tiene, quizás no sea previsible que se imponga como manual. En todo él, se deja sentir lo difícil que es para cualquier autor prescindir de información, de ahí la gran cantidad de elementos, datos, referencias, autores, ... que se ponen a disposición del lector; riqueza incuestionable de la obra que tal vez perjudique a la redacción. Las afirmaciones se van sucediendo unas a otras, sin apenas dejar descanso; a veces se echan en falta las transiciones; la explicitud de la relación de unos elementos con otros en algunos casos no es del todo clara, lo cual fa-

vorece el que algunas cuestiones y apartados parezcan yuxtapuestos, lo que, por momentos, perfila un carácter más enciclopédico que de manual. Por otra parte, es una lástima que un trabajo de esta calidad y pretensión no se haya publicado en una edición más manejable. Sin embargo y pese a estos detalles, estamos ante un libro que no puede por menos de recibir el reconocimiento que merece.

Alfonso García Nuño

---

J. H. NEWMAN, *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, Ediciones Encuentro, Madrid 2010, 424 pp., ISBN 978-84-9920-051-4

Con motivo de la beatificación del cardenal John Henry Newman (Londres 1801 – Birmingham 1890), Ediciones Encuentro ha publicado varias obras del que fuera destacado miembro del Movimiento de Oxford y uno de los más importantes intelectuales británicos del s. XIX. En la serie de filosofía, que dirige Agustín Serrano de Haro, se ha vuelto a poner a disposición de los lectores en español *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, cuyo título original es *An Essay in aid of a Grammar of Assent*, que vio la luz, por primera vez, en febrero de 1870, habiéndolo concluido de escribir el beato a finales de 1869. Una obra de madurez, pero además un libro largamente gestado, pues empezó a pergeñarlo en 1846, es decir, poco después de su conversión al catolicismo (1845), según indica Josep Vives en la introducción, sirviéndose de los datos que aporta el diario del cardenal.

La presente versión castellana es una reproducción revisada –partiendo de la edición inglesa de Ian Ker de 1985– de la traducción que el propio Vives hizo y que publicó en 1960 la editorial Herder, bajo el título de *El asentimiento religioso: ensayo sobre los motivos racionales de la fe* y que también ha reimpresso en 2010. Como explica el editor, Luis Miguel Hernández, en la nota que encabeza el volumen, además de corregir algunos errores de traducción y de estilo, se ha mantenido buena parte de la introducción del traductor, que aparecía en la anterior edición, y se han añadido también algunas notas a pie de página indicando las fuentes citadas por Newman. Es una lástima que no se haya dotado al libro de un índice onomástico, aunque no sean muchos los nombres de lugares, personas y autores que aparezcan en esta obra.

El cardenal Newman divide su trabajo en dos partes de extensión no del todo pareja, una dedicada al asentimiento y la aprehensión y la otra al asentimiento y la inferencia. El capítulo que encabeza la primera de ellas (pp. 23-29) presenta un estilo muy diferente al resto del libro; se trata de unas páginas en las que se definen los términos principales que van a entrar en la reflexión, ya que, en buena medida, la terminología que usará no la tomará de otros autores, sino que elegirá la que considere más pertinente en cada momento, sin perjuicio de que pueda coincidir o no con lo ya